

cios de la agricultura. Pero al paso que tenia que conformarse con esta necesidad, le era forzoso manifestar cierta franqueza en su trato con estos hombres temibles, por no despertar la desconfianza natural de la casta negra. El suceso fue mayor que las esperanzas. Cristofe, Clervaux, Dessalines y Maurepas dieron repetidas pruebas de su celo para llenar los deseos del general en gefe. Lograron reunir un ejército de negros; treinta mil fusiles se recogieron en el departamento del Norte y se almacenaron en la ciudad del Cabo. El general en gefe tuvo que contener el celo de estos generales, cuyo carácter feroz se desplegaba contra los mismos negros que se negaban á entregar sus armas. Si, como se pudo creer por los resultados, esta crueldad para con su propia casta dimanaba de un cálculo de disimulacion, ; qué idea tan triste se puede formar de la miserable situacion en que se hallaba el general Leclerc! La misma sabiduría de las medidas, tomadas para establecer de repente la concordia en lugar de la destruccion, contribuyó inevitablemente á abrir la sima que iba á sumergir al ejército de expedicion. Para llenar los vacíos, causados por la guerra y las

enfermedades, se hizo preciso admitir en las filas á una porcion de negros propensos á la indisciplina y al robo; este inconveniente no tenia remedio. Entretanto, la organizacion civil adelantaba con la misma rapidez que la militar. Por una feliz inspiracion, el general en gefe que habia salido de Francia con la corta cantidad de trescientos mil francos, cuya mayor porcion pertenecia á la marina, reconoció las ventajas de los reglamentos establecidos por Toussaint-Louverture. En consecuencia mantuvo los contratos de renta de las heredades vacantes que nunca fueron enagenadas, así como la ordenanza de media esclavitud de los labradores á quienes se concedia la quinta parte de los frutos, y abrió los puertos de la colonia á todos los pabellones sin preferencia. En poco tiempo la ciudad del Cabo, y las demas que habian sido quemadas salieron de sus ruinas. Muchos colonos volvieron; los puertos se llenaron de buques de comercio, franceses y extrangeros, y los derechos de entrada y de salida de los géneros, junto con las cantidades que producian las tierras arrendadas, aseguraron los servicios de la administracion y del ejército. Unas letras giradas con la aprobacion del gobierno

frances, sirvieron para pagar á los comerciantes los suministros que hicieron á los hospitales y para las demas urgencias de la colonia. Los Americanos se distinguieron por la actividad de sus transportes de toda clase y por el mas honrado desinterés. Ninguno de ellos, ni el gobierno de la colonia, sospecharon entonces que las letras giradas y recibidas para atender á las urgencias de la Isla y de los soldados, no serian admitidas por el gobierno frances, y que una bancarota vergonzosa serviria de pago á una confianza tan generosa. El general Leclerc, que no podia preveer tanta mala fe, logró, por medio de estos auxilios, y despues de la campaña la mas brillante, los mas hermosos resultados de pacificacion civil; la abundancia y la seguridad. Para asegurar la duracion de estos beneficios, formó un consejo de notables, elegidos entre las tres castas de habitantes, para interesarlas á la conservacion del órden establecido, y dió una nueva consistencia á los empleados elegidos por Toussaint, confirmándolos en sus empleos.

Pero por una casualidad fatal, el 7 de mayo, que habia sido el dia de la sumision de Toussaint-Louverture, desembarcaron en Guada-

lupe tres mil y quinientos hombres. A últimos del año anterior, el mulato Pelayo habia proclamado la independenciam de la isla de Guadalupe, echando al capitán general Lacrosse á quien embarcó sobre un navío neutral. Luego los negros se apoderaron de la revolucion de Pelayo, y el general Richepanse, cuyo valor se habia ilustrado tanto en Hohenlinden, vino al socorro de Pelayo, que habia vuelto á la obediencia de la madre Patria. Despues de haber acabádo con los rebeldes, Richepanse cayó víctima de la terrible enfermedad periódica aguardada silenciosamente por los negros de Santo Domingo, que dejaron percibir una fermentacion sorda en los talleres y en los batallones coloniales. Desde aquel momento, cesó la entrega de las armas que se ocultaron con mas cuidado que nunca. Con la fiebre amarilla, aparecieron sobre los Mornos partidas de insurgentes llamados negros cimarrones. El temible auxiliar de la independenciam del suelo de Haïti, del modo primitivo que le concibieron Toussaint y Juan Francisco, es á decir, un imperio negro sin mezcla, arrebató con una rapidez espantosa al valiente ejército cuyos cuarteles se mudaron en hospitales,

teatro continuo de muerte. El general en gefe habia ido con su muger y su hijo , para respirar un aire mas puro , á la isla de la Tortuga , donde habia mandado establecer un hospital de convalecientes. Volvió al Cabo á principios de junio , llevado de un extremado celo , al momento en que la enfermedad estaba en su mayor fuerza, para asistir á la abertura de una junta formada para servir de consejo central y consultativo de los intereses , de los recursos y de las necesidades de la colonia.

Pocos dias despues , se notó cierta agitacion alrededor de la villa de Ennery , en donde residia Toussaint , mientras que una insurreccion abierta reunia un gran número de negros sobre los Mornos , llamados el Monte Negro. Toussaint , en vez de ir en persona á apaciguar estos movimientos , segun lo habia ofrecido al general en gefe , se contentó con armar , bajo el pretexto de su propia seguridad , á una partida de negros labradores , que los Franceses tuvieron por conveniente arrestar. Luego se supo que Toussaint , alegrándose de la fiebre amarilla , repetia incesantemente : Cuento con LA PROVIDENCIA , así se llamaba el hospital mayor del Cabo. En fin algunas de

sus cartas interceptadas no dejaron dudar de su conivencia con los insurgentes , y el general Leclerc mandó prenderle. El general Brunet , habiendo escrito á Toussaint para que viniese á las Gonaivas , éste se conformó para evitar las sospechas , y cayó en la trampa que él mismo habia preparado. Inmediatamente fue puesto á bordo de un navío y enviado á Francia , donde murió dos años despues en el fuerte de Joux , donde habia sido encerrado. Se ha reprochado al general Leclerc el arresto de Toussaint ; pero mas racional hubiera sido reprochar al gobierno la expedicion contra Toussaint. La situacion en que se hallaba el capitan general , y sus deberes para con la metrópoli y su ejército , le obligaron á obrar como lo hizo. Toussaint , negándose á unirse á nuestras tropas , se habia hecho temible , y no cabe duda que si se le hubiese dejado tiempo para salir de la inercia en que se mantenía con premeditacion , la casta blanca y la autoridad francesa hubieran perecido en Santo Domingo. Jamas hubo gefe , encargado á la vez del poder civil y del poder militar , que se hubiese visto en un compromiso mas fatal. Por otra parte , el general en gefe se conformó con sus instrucciones. En

fin, el efecto que produjo sobre los negros la determinacion de Leclerc, relativamente á Toussaint, que hasta entonces dirigia á su alvedrío, y con unos medios invisibles, las sumisiones ó las insurrecciones, justificó pronto las medidas de salud pública impuestas por la política y por la necesidad.

Carlos Belair, sobrino de Toussaint, habia vuelto á levantar el estandarte de la rebelion, que no tardó en tomar un carácter de mayor gravedad, aunque encubierta todavia con esta prudencia, de la que los negros suelen no apartarse nunca. Los generales negros, que seguian todavía bajo nuestras banderas, llevaron la perfidia hasta el punto de matar con su propia mano á los negros, cuya insurreccion estaban fomentando debajo de mano. Conforme á este sistema infernal, Dessalines, habiendo mandado arrestar á Belair, le hizo sentenciar á muerte por una comision militar, presidida por el mulato Clervaux, que pocos dias despues siguió el ejémplo de Belair. De manera que no solamente la sumision de los negros, pero su obediencia y hasta su fidelidad, tenian un caracter espantoso, cuya duracion no podia calcularse. Una inquietud ex-

traordinaria tenia suspenso al general en jefe; una circunstancia prevista, pero al mismo tiempo inevitable, se la quitó.

A fines de junio, llegaron cartas de Guadalupe, que anunciaron la llegada á aquella isla del general Richepanse, la derrota de los negros, la expulsion de éstos y de los mulatos del ejército frances, la vuelta del capitán general Lacrosse y el restablecimiento de la esclavitud. Esta noticia, esparcida de repente entre los negros del Cabo, les dió una convulsion eléctrica. La casta negra y la mezclada de Santo Domingo tenian derecho de manifestar publicamente su desconfianza, y lo que acababa de pasar en la isla de Guadalupe legitimaba la insurreccion de los Mornos. El gobierno habia publicado, en el mes de noviembre de 1800, la declaracion de que, *en Santo Domingo y en la isla de Guadalupe no habia esclavos. Todos están y quedarán libres.* Apenas se supo el modo cruel con que se habia desmentido esta promesa solemne, en Guadalupe, una conspiracion general se extendió sobre la colonia entera. Bastantes cuidados tenia el gobierno colonial, viendo diezmar diariamente por las enfermedades lo que quedaba

del ejército blanco. La rebelion de los Mornos y la traicion próxima de las tropas negras, presentaban al capitan general una combinacion de peligros, contra los cuales el valor frances no podia luchar por mucho tiempo. La invasion de tantos males y su profunda impresion sobre el ejército formaban un terrible contraste con el júbilo de la Francia producido por la paz de Amiens. En fin, el general en gefe, hallándose acometido por tantas calamidades, se vió precisado, para conservar su honor y su seguridad, á rasgar el primero el pacto de confianza hecho con los negros. ¿Cómo se habia de aguantar por mas tiempo ver á nuestros batallones, medio destruidos por la fiebre amarilla, enmedio de los batallones siempre completos de los negros mas temibles que nunca? Leclerc se dió prisa en desarmar en sus cuarteles á los negros del Cabo y previno así uno de los muchos peligros que le estaban amenazando, pues el 12 de septiembre, Clervaux y Petion, que mandaban en el alto Cabo, se pasaron á los insurgentes con tres regimientos, y el 16, atacaron al Cabo frances. Una de nuestras avanzadas no pudo resistir á un ataque tan imprevisto y tan im-

tuoso; pero el general en gefe acudió con quinientos hombres y mil hombres de casta mezclada y rechazó á los insurgentes á quienes fueron á reunirse, el dia siguiente, Cristofe y Pablo Louverture. Desde luego quedó declarada una guerra de esterminio entre las dos castas; pero cuan diferentes eran las fuerzas. La poblacion negra constaba de cuatrocientas á quinientas mil personas, y el ejército apenas contaba ocho mil soldados, en estado de llevar las armas, en todas las plazas de la colonia. La guardia nacional del Cabo prestó los mismos servicios que la tropa de línea y se hizo acreedora á las armas de honor que la dió el general en gefe. Se hizo preciso concentrar las tropas que sobrevivieron á la fiebre amarilla. El general Leclerc llamó al Cabo á la guarnicion del fuerte Delfin y del puerto de la Paz; la de las Gonaivas se retiró al puerto del Príncipe, despues de haberse defendido contra Dessalines que dirigia la insurreccion en el Oeste.

Pero otra desgracia amenazaba al ejército de expedicion y á los habitantes de Santo Domingo. El general Leclerc murió en la noche del 1° al 2 de noviembre. Esta muerte, atendido el estado desesperado en que se hallaba